



F. Scott Fitzgerald

Sueños de
Invierno



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

SUEÑOS DE INVIERNO

F. SCOTT FITZGERALD

**PUBLICADO: 1920
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

I

ALGUNOS DE LOS CADDIES eran pobres de solemnidad y vivían en casas de una sola habitación con una vaca neurasténica en el jardín delantero, pero el padre de Dexter Green poseía la segunda mejor tienda de ultramarinos de Black Bear —la mejor era «The Hub», frecuentada por los ricos de Sherry Island— y Dexter solo hacía de caddy para tener algo de dinero de bolsillo.

En otoño, cuando los días se volvían fríos y grises, y el largo invierno de Minnesota caía como la tapa blanca de una caja, los esquís de Dexter se deslizaban sobre la nieve que ocultaba las calles del campo de golf. En esas épocas, la región le infundía una sensación de profunda melancolía: le ofendía que el campo permaneciera en forzado barbecho, acosado por gorriones desaliñados durante la larga estación. Era lúgubre, también, que en los tees donde ondeaban los alegres colores en verano ahora solo quedaran los desolados cajones de arena, cubiertos hasta la rodilla por una costra de hielo. Cuando cruzaba las colinas, el viento soplaba frío como la desdicha, y si el sol lucía, caminaba con los ojos entornados contra el duro resplandor sin dimensiones.

En abril, el invierno cesó abruptamente. La nieve corrió hacia el lago Black Bear, apenas deteniéndose para que los golfistas madrugadores desafiaran la temporada con bolas rojas y negras. Sin júbilo, sin un intervalo de húmeda gloria, el frío se había ido.

Dexter sabía que había algo lúgubre en aquella primavera nortea, así como sabía que había algo espléndido en el otoño. El otoño le hacía apretar las manos y temblar y repetirse frases idiotas, y hacer gestos enérgicos y bruscos de mando a públicos y ejércitos imaginarios. Octubre lo llenaba de

esperanza, que noviembre elevaba a una especie de triunfo extático, y en este estado de ánimo las fugaces y brillantes impresiones del verano en Sherry Island eran agua para su molino. Se convertía en campeón de golf y derrotaba al Sr. T. A. Hedrick en una partida maravillosa jugada cien veces en las calles de su imaginación, una partida cuyo cada detalle cambiaba incansablemente: a veces ganaba con una facilidad casi risible, otras, remontaba magníficamente desde atrás. O bien, bajando de un automóvil Pierce-Arrow, como el Sr. Mortimer Jones, entraba con aire distante en el salón del Club de Golf de Sherry Island... o tal vez, rodeado de una multitud admiradora, ofrecía una exhibición de saltos ornamentales desde el trampolín de la balsa del club... Entre los que lo observaban boquiabiertos de asombro estaba el Sr. Mortimer Jones.

Y un día sucedió que el Sr. Jones —él mismo y no su fantasma— se acercó a Dexter con lágrimas en los ojos y dijo que Dexter era el... mejor caddy del club, y que si no reconsideraría su decisión de dejarlo si el Sr. Jones hacía que valiera la pena, porque todos los demás caddies del club le perdían una bola por hoyo... regularmente...

—No, señor —dijo Dexter con decisión—. Ya no quiero ser caddy. — Luego, tras una pausa—: Soy demasiado viejo.

—No tendrás más de catorce años. ¿Por qué demonios has decidido justo esta mañana que querías dejarlo? Prometiste que la semana que viene irías conmigo al torneo estatal.

—He decidido que soy demasiado viejo.

Dexter entregó su insignia de «Clase A», recogió el dinero que le debía el caddy master y caminó a casa, a Black Bear Village.

—El mejor... caddy que he visto en mi vida —gritó el Sr. Mortimer Jones mientras tomaba una copa esa tarde—. ¡Nunca perdía una bola! ¡Dispuesto! ¡Inteligente! ¡Tranquilo! ¡Honrado! ¡Agradecido!

La niña que había provocado esto tenía once años; era de esa belleza extraña que suelen tener las niñas destinadas, pocos años después, a ser indeciblemente hermosas y a causar una miseria sin fin a un gran número de hombres. La chispa, sin embargo, era perceptible. Había una impiedad general en la forma en que las comisuras de sus labios se torcían hacia abajo cuando sonreía, y en... ¡Dios nos asista!... en la cualidad casi apasionada de

sus ojos. La vitalidad nace temprano en tales mujeres. Era absolutamente evidente ahora, brillando a través de su delgada figura en una especie de resplandor.

Había salido ansiosamente al campo a las nueve en punto con una niñera vestida de lino blanco y cinco pequeños palos de golf nuevos en una bolsa de lona blanca que la niñera llevaba. Cuando Dexter la vio por primera vez, estaba de pie junto a la caseta de los caddies, bastante incómoda e intentando ocultarlo entablado con su niñera una conversación obviamente artificial, adornada con sorprendentes e irrelevantes muecas por su parte.

—Bueno, ciertamente hace un día agradable, Hilda —la oyó decir Dexter. Torció las comisuras de la boca, sonrió y miró furtivamente a su alrededor, sus ojos, al pasar, deteniéndose un instante en Dexter.

Luego, a la niñera:

—Bueno, supongo que no hay mucha gente por aquí esta mañana, ¿verdad?

La sonrisa de nuevo... radiante, descaradamente artificial... convincente.

—No sé qué se supone que debemos hacer ahora —dijo la niñera, sin mirar a ningún sitio en particular.

—Oh, no pasa nada. Ya lo arreglaré yo.

Dexter se quedó perfectamente quieto, con la boca ligeramente entreabierta. Sabía que si daba un paso adelante, su mirada quedaría en la línea de visión de ella; si retrocedía, perdería la vista completa de su rostro. Por un momento no se había dado cuenta de lo joven que era. Ahora recordaba haberla visto varias veces el año anterior en bombachos.

De repente, involuntariamente, se rio, una risa corta y abrupta; luego, sobresaltado por sí mismo, se dio la vuelta y empezó a alejarse a paso rápido.

—¡Eh, chico!

Dexter se detuvo.

—Chico...

Sin duda, se dirigía a él. No solo eso, sino que le obsequió con esa sonrisa absurda, esa sonrisa inverosímil... cuyo recuerdo al menos una docena de hombres arrastrarían hasta la mediana edad.

—Chico, ¿sabes dónde está el profesor de golf?

—Está dando una clase.

—Bueno, ¿sabes dónde está el caddy master?

—Todavía no ha llegado esta mañana.

—Oh. —Por un momento esto la desconcertó. Se apoyó alternativamente sobre el pie derecho y el izquierdo.

—Nos gustaría conseguir un caddy —dijo la niñera—. La señora Mortimer Jones nos ha mandado a jugar al golf, y no sabemos cómo hacerlo si no conseguimos un caddy.

En ese momento la detuvo una mirada ominosa de la señorita Jones, seguida inmediatamente por la sonrisa.

—Aquí no hay más caddies que yo —dijo Dexter a la niñera—, y tengo que quedarme aquí a cargo hasta que llegue el caddy master.

—Oh.

La señorita Jones y su séquito se retiraron entonces y, a una distancia prudente de Dexter, se enzarzaron en una acalorada conversación, que concluyó cuando la señorita Jones cogió uno de los palos y lo golpeó contra el suelo con violencia. Para mayor énfasis, lo levantó de nuevo y estaba a punto de descargarlo bruscamente sobre el pecho de la niñera, cuando esta agarró el palo y se lo arrancó de las manos.

—¡Maldita vieja mezquina! —gritó la señorita Jones salvajemente.

Siguió otra discusión. Comprendiendo que los elementos de la comedia estaban implícitos en la escena, Dexter empezó a reír varias veces, pero cada vez contuvo la risa antes de que fuera audible. No pudo resistir la monstruosa convicción de que la niña tenía justificación para golpear a la niñera.

La situación se resolvió con la fortuita aparición del caddy master, a quien la niñera apeló inmediatamente.

—La señorita Jones tiene que tener un pequeño caddy, y este dice que no puede ir.

—El Sr. McKenna dijo que esperara aquí hasta que usted llegara —dijo Dexter rápidamente.

—Bueno, ya está aquí. —La señorita Jones sonrió alegremente al caddy master. Luego dejó caer su bolsa y se dirigió con un altivo contoneo hacia el primer tee.

—¿Y bien? —El caddy master se volvió hacia Dexter—. ¿Qué haces ahí parado como un pasmarote? Ve a recoger los palos de la señorita.

—Creo que hoy no saldré —dijo Dexter.

—Tú no...

—Creo que lo dejo.

La enormidad de su decisión lo asustó. Era un caddy favorito, y los treinta dólares al mes que ganaba durante el verano no se conseguían en ningún otro lugar alrededor del lago. Pero había recibido una fuerte conmoción emocional, y su perturbación requería un desahogo violento e inmediato.

Tampoco es tan simple. Como ocurriría tan frecuentemente en el futuro, Dexter era dictado inconscientemente por sus sueños de invierno.

II

Naturalmente, la calidad y la estacionalidad de aquellos sueños de invierno variaban, pero su esencia permanecía. Convencieron a Dexter varios años después para renunciar a un curso de empresariales en la universidad estatal —su padre, que ahora prosperaba, le habría pagado los estudios— por la precaria ventaja de asistir a una universidad más antigua y famosa del Este, donde le preocupaban sus escasos fondos. Pero no se hagan la impresión, porque sus sueños de invierno resultaran estar relacionados al principio con reflexiones sobre los ricos, de que hubiera algo meramente esnob en el muchacho. No quería la asociación con cosas y gente brillante; quería las cosas brillantes en sí mismas. A menudo buscaba lo mejor sin saber por qué lo quería, y a veces se topaba con las misteriosas negativas y prohibiciones con las que la vida se complace. Es de una de esas negativas y no de su carrera en conjunto de lo que trata esta historia.

Hizo dinero. Fue bastante asombroso. Después de la universidad, se fue a la ciudad de la que el lago Black Bear atraía a sus ricos patrocinadores. Cuando solo tenía veintitrés años y llevaba allí apenas dos, ya había gente a la que le gustaba decir: «Ahí tienes a un chico...». A su alrededor, hijos de hombres ricos vendían bonos precariamente, o invertían patrimonios precariamente, o se afanaban en los veinticuatro volúmenes del «Curso Comercial George Washington», pero Dexter pidió prestados mil dólares avalado por su título universitario y su boca segura, y compró una participación en una lavandería.

Era una lavandería pequeña cuando entró en ella, pero Dexter se especializó en aprender cómo lavaban los ingleses las delicadas medias de golf de lana sin que encogieran, y en un año estaba atendiendo a la clientela que vestía bombachos. Los hombres insistían en que sus medias y jerséis de

Shetland fueran a su lavandería, igual que habían insistido en un caddy que pudiera encontrar las bolas de golf. Un poco más tarde, lavaba también la lencería de sus esposas... y dirigía cinco sucursales en diferentes partes de la ciudad. Antes de cumplir los veintisiete años, poseía la mayor cadena de lavanderías de su región. Fue entonces cuando vendió y se fue a Nueva York. Pero la parte de su historia que nos concierne se remonta a los días en que estaba logrando su primer gran éxito.

Cuando tenía veintitrés años, el Sr. Hart —uno de los hombres de pelo cano a los que les gustaba decir «Ahí tienes a un chico...»— le dio una tarjeta de invitado para el Club de Golf de Sherry Island para un fin de semana. Así que un día firmó su nombre en el registro, y esa tarde jugó al golf en un cuarteto con el Sr. Hart, el Sr. Sandwood y el Sr. T. A. Hedrick. No consideró necesario comentar que una vez había llevado la bolsa del Sr. Hart por ese mismo campo, y que conocía cada trampa y hondonada con los ojos cerrados, pero se encontró mirando a los cuatro caddies que les seguían, intentando captar un brillo o un gesto que le recordara a sí mismo, que disminuyera la brecha que se abría entre su presente y su pasado.

Fue un día curioso, abruptamente cortado por impresiones fugaces y familiares. En un minuto tenía la sensación de ser un intruso; al siguiente, le impresionaba la tremenda superioridad que sentía hacia el Sr. T. A. Hedrick, que era un aburrido y ya ni siquiera un buen golfista.

Entonces, debido a una bola que el Sr. Hart perdió cerca del green del quince, sucedió algo enorme. Mientras buscaban entre las hierbas rígidas del rough, se oyó un claro grito de «¡Bola!» desde detrás de una colina a sus espaldas. Y mientras todos se volvían bruscamente de su búsqueda, una bola brillante y nueva pasó con efecto por encima de la colina y golpeó al señor T. A. Hedrick en el abdomen.

—¡Caramba! —exclamó el Sr. T. A. Hedrick—. Deberían echar a algunas de estas mujeres locas del campo. ¡Esto se está volviendo intolerable!

Una cabeza y una voz surgieron juntas por encima de la colina:

—¿Les importa si pasamos?

—¡Me ha golpeado en el estómago! —declaró el Sr. Hedrick con vehemencia.

—¿Ah, sí? —La chica se acercó al grupo de hombres—. Lo siento. Grité «¡Bola!».

Su mirada se posó casualmente en cada uno de los hombres, luego escudriñó la calle en busca de su bola.

—¿Botó en el rough?

Era imposible determinar si la pregunta era ingenua o maliciosa. En un momento, sin embargo, no dejó lugar a dudas, pues mientras su compañero subía por la colina, ella gritó alegremente:

—¡Aquí estoy! Habría llegado al green si no fuera porque golpeé algo.

Mientras adoptaba la postura para un golpe corto con el mashie, Dexter la miró de cerca. Llevaba un vestido de guinga azul, ribeteado en el cuello y los hombros con un borde blanco que acentuaba su bronceado. La cualidad de exageración, de delgadez, que había hecho absurdos sus ojos apasionados y su boca de comisuras caídas a los once años, había desaparecido. Ahora era de una belleza que sobrecogía. El color de sus mejillas estaba centrado como el color en un cuadro; no era un color «subido», sino una especie de calor fluctuante y febril, tan matizado que parecía que en cualquier momento retrocedería y desaparecería. Este color y la movilidad de su boca daban una continua impresión de flujo, de vida intensa, de vitalidad apasionada, equilibrada solo parcialmente por el lujo triste de sus ojos.

Golpeó su mashie con impaciencia y sin interés, lanzando la bola a un búnker de arena al otro lado del green. Con una sonrisa rápida e insincera y un descuidado «¡Gracias!», siguió tras ella.

—¡Esa Judy Jones! —comentó el Sr. Hedrick en el siguiente tee, mientras esperaban —unos momentos— a que ella jugara delante—. Todo lo que necesita es que le den unas buenas azotainas durante seis meses y luego casarla con un capitán de caballería a la antigua usanza.

—¡Dios mío, qué guapa es! —dijo el Sr. Sandwood, que acababa de cumplir treinta años.

—¡Guapa! —exclamó el Sr. Hedrick con desdén—. ¡Siempre parece que quiere que la besen! ¡Poniendo esos ojazos de vaca a todos los terneros de la ciudad!

Era dudoso que el Sr. Hedrick pretendiera referirse al instinto maternal.

—Jugaría bastante bien al golf si lo intentara —dijo el Sr. Sandwood.

—No tiene estilo —dijo solemnemente el Sr. Hedrick.

—Tiene una bonita figura —dijo el Sr. Sandwood.

—Mejor da gracias al Señor que no golpea la bola más fuerte —dijo el Sr. Hart, guiñándole un ojo a Dexter.

Más tarde, por la tarde, el sol se puso con un tumultuoso remolino de oro y diversos azules y escarlatas, y dejó la noche seca y susurrante del verano occidental. Dexter observó desde la veranda del Club de Golf, observó el solapamiento uniforme de las aguas bajo el ligero viento, melaza plateada bajo la luna de la cosecha. Luego la luna se llevó un dedo a los labios y el lago se convirtió en un estanque claro, pálido y tranquilo. Dexter se puso el bañador y nadó hasta la balsa más lejana, donde se tumbó chorreando sobre la lona mojada del trampolín.

Había un pez saltando y una estrella brillando y las luces alrededor del lago relucían. Al otro lado, en una oscura península, un piano tocaba las canciones del verano pasado y de veranos anteriores —canciones de Chin-Chin, El Conde de Luxemburgo y El Soldado de Chocolate— y como el sonido de un piano sobre una extensión de agua siempre le había parecido hermoso a Dexter, permaneció perfectamente quieto y escuchó.

La melodía que el piano tocaba en ese momento había sido alegre y nueva cinco años antes, cuando Dexter era estudiante de segundo año en la universidad. La habían tocado en un baile de fin de curso una vez, cuando él no podía permitirse el lujo de los bailes, y se había quedado fuera del gimnasio escuchando. El sonido de la melodía precipitó en él una especie de éxtasis y fue con ese éxtasis con el que contempló lo que le sucedía ahora. Era un estado de ánimo de intensa apreciación, la sensación de que, por una vez, estaba magníficamente en sintonía con la vida y que todo a su alrededor irradiaba un brillo y un glamour que quizá nunca volvería a conocer.

Un rectángulo bajo y pálido se desprendió de repente de la oscuridad de la Isla, escupiendo el sonido reverberante de una lancha motora de carreras. Dos estelas blancas de agua hendida se desenrollaron tras ella y casi de inmediato la lancha estuvo a su lado, ahogando el cálido tintineo del piano con el zumbido de su estela. Dexter, incorporándose sobre los brazos, fue consciente de una figura de pie al timón, de dos ojos oscuros que lo contem-

plaban sobre el creciente espacio de agua; luego la lancha había pasado y trazaba un inmenso y gratuito círculo de espuma dando vueltas y vueltas en medio del lago. Con igual excentricidad, uno de los círculos se aplanó y se dirigió de nuevo hacia la balsa.

—¿Quién es? —llamó ella, apagando el motor. Estaba tan cerca ahora que Dexter pudo ver su bañador, que consistía aparentemente en un mame-luco rosa.

La proa de la lancha golpeó la balsa, y mientras esta última se inclinaba con aire desgarrado, él fue precipitado hacia ella. Con diferentes grados de interés se reconocieron mutuamente.

—¿No es usted uno de esos hombres a los que hemos pasado esta tarde? —demandó ella.

Lo era.

—Bueno, ¿sabe conducir una lancha motora? Porque si sabe, me gustaría que condujera esta para que yo pueda montar en la tabla de surf detrás. Me llamo Judy Jones —le dedicó una absurda sonrisa afectada; o más bien, lo que intentaba ser una sonrisa afectada, pues, por mucho que torciera la boca, no resultaba grotesca, era simplemente hermosa— y vivo en una casa allá en la Isla, y en esa casa hay un hombre esperándome. Cuando él llegó en coche a la puerta, yo salí del embarcadero porque dice que soy su ideal.

Había un pez saltando y una estrella brillando y las luces alrededor del lago relucían. Dexter se sentó junto a Judy Jones y ella le explicó cómo se conducía su lancha. Luego ella estaba en el agua, nadando hacia la tabla de surf flotante con un sinuoso crol. Observarla no requería esfuerzo para la vista, como observar una rama que se mece o una gaviota que vuela. Sus brazos, bronceados hasta un tono nogal, se movían sinuosamente entre las opacas ondas de platino, apareciendo primero el codo, echando hacia atrás el antebrazo con una cadencia de agua que cae, luego extendiéndose hacia fuera y hacia abajo, apuñalando un camino por delante.

Se adentraron en el lago; al volverse, Dexter vio que ella estaba arrodillada en la parte trasera baja de la tabla de surf ahora inclinada hacia arriba.

—Más rápido —gritó ella—, tan rápido como pueda ir.

Obedientemente, empujó la palanca hacia adelante y la espuma blanca se elevó en la proa. Cuando volvió a mirar, la chica estaba de pie sobre la tabla que se precipitaba, los brazos extendidos, los ojos elevados hacia la luna.

— ¡Hace un frío horrible! — gritó—. ¿Cómo te llamas?

Él se lo dijo.

— Bueno, ¿por qué no vienes a cenar mañana por la noche?

Su corazón dio un vuelco como el volante de la lancha y, por segunda vez, el capricho casual de ella dio una nueva dirección a su vida.

III

LA NOCHE SIGUIENTE, mientras esperaba que ella bajara, Dexter pobló la suave y profunda sala de verano y el porche acristalado que se abría desde ella con los hombres que ya habían amado a Judy Jones. Sabía qué clase de hombres eran: los que, cuando él entró en la universidad, habían llegado de las grandes escuelas preparatorias con ropas elegantes y el bronceado intenso de veranos saludables. Había visto que, en cierto sentido, él era mejor que esos hombres. Era más nuevo y más fuerte. Sin embargo, al reconocer para sí mismo que deseaba que sus hijos fueran como ellos, admitía que él no era más que la materia tosca y fuerte de la que ellos surgían eternamente.

Cuando le llegó el momento de vestir buena ropa, supo quiénes eran los mejores sastres de América, y los mejores sastres de América le habían hecho el traje que llevaba esa noche. Había adquirido esa particular reserva peculiar de su universidad, que la distinguía de otras universidades. Reconocía el valor que tenía para él tal amaneramiento y lo había adoptado; sabía que la despreocupación en el vestir y en las maneras requería más confianza que el esmero. Pero la despreocupación era para sus hijos. El apellido de su madre había sido Krimlich. Era bohemia de clase campesina y había hablado un inglés chapurreado hasta el final de sus días. Su hijo debía seguir las pautas establecidas.

Poco después de las siete, Judy Jones bajó. Llevaba un vestido de tarde de seda azul, y al principio se sintió decepcionado de que no se hubiera puesto algo más elaborado. Este sentimiento se acentuó cuando, tras un breve saludo, ella fue a la puerta de un office y, abriéndola, llamó: «Puedes servir la cena, Martha». Él más bien esperaba que un mayordomo anunciara la cena, que hubiera un cóctel. Luego desechó estos pensamientos mientras se sentaban uno al lado del otro en un sofá y se miraban.

—Padre y madre no estarán aquí —dijo ella pensativamente.

Él recordó la última vez que había visto al padre de ella, y se alegró de que los padres no estuvieran allí esa noche; podrían preguntarse quién era él. Había nacido en Keeble, un pueblo de Minnesota cincuenta millas más al norte, y siempre daba Keeble como su hogar en lugar de Black Bear Village. Los pueblos de campo estaban bien como procedencia si no estaban inconvenientemente a la vista y eran utilizados como escabel por los lagos de moda.

Hablaron de la universidad de él, que ella había visitado frecuentemente durante los últimos dos años, y de la ciudad cercana que abastecía a Sherry Island con sus clientes, y adonde Dexter volvería al día siguiente a sus próperas lavanderías.

Durante la cena, ella cayó en una sombría depresión que le dio a Dexter una sensación de inquietud. Cualquier petulancia que pronunciara con su voz gutural le preocupaba. Cualquier cosa a la que sonriera —a él, a un hígado de pollo, a nada— le perturbaba que su sonrisa no pudiera tener raíz en la alegría, ni siquiera en la diversión. Cuando las comisuras escarlatas de sus labios se curvaban hacia abajo, era menos una sonrisa que una invitación a un beso.

Luego, después de la cena, lo llevó al oscuro porche acristalado y cambió deliberadamente la atmósfera.

—¿Te importa si lloro un poco? —dijo ella.

—Me temo que te estoy aburriendo —respondió él rápidamente.

—No lo haces. Me gustas. Pero acabo de tener una tarde terrible. Había un hombre que me importaba, y esta tarde me dijo de sopetón que era pobre como una rata. Nunca antes lo había insinuado siquiera. ¿Suena esto horriblemente mundano?

—Quizás tenía miedo de decírtelo.

—Supón que sí —respondió ella—. No empezó bien. Verás, si hubiera pensado en él como pobre... bueno, he estado loca por montones de hombres pobres, y tenía toda la intención de casarme con todos ellos. Pero en este caso, no había pensado en él de esa manera, y mi interés por él no era lo suficientemente fuerte como para sobrevivir al shock. Como si una chica

informara tranquilamente a su prometido que era viuda. Puede que él no tuviera objeciones a las viudas, pero...

»Empecemos bien — se interrumpió de repente—. ¿Quién eres tú, de todos modos?

Por un momento Dexter vaciló. Luego:

—No soy nadie — anunció—. Mi carrera es en gran medida una cuestión de futuro.

—¿Eres pobre?

—No — dijo francamente—, probablemente estoy ganando más dinero que cualquier hombre de mi edad en el Noroeste. Sé que es un comentario odioso, but me aconsejaste que empezara bien.

Hubo una pausa. Luego ella sonrió y las comisuras de sus labios se inclinaron y un balanceo casi imperceptible la acercó a él, mirándolo a los ojos. Un nudo subió a la garganta de Dexter, y esperó sin aliento el experimento, enfrentándose al compuesto impredecible que se formaría misteriosamente a partir de los elementos de sus labios. Entonces vio... ella le comunicó su excitación, generosamente, profundamente, con besos que no eran una promesa sino una culminación. Despertaron en él no un hambre que exigía renovación, sino una saciedad que exigiría más saciedad... besos que eran como la caridad, creando necesidad al no retener absolutamente nada.

No le llevó muchas horas decidir que había deseado a Judy Jones desde que era un niño orgulloso y deseoso.

IV

EMPEZÓ ASÍ... y continuó, con diversos matices de intensidad, en esa misma nota hasta el desenlace. Dexter entregó una parte de sí mismo a la personalidad más directa y falta de principios con la que jamás había entrado en contacto. Lo que fuera que Judy quisiera, lo perseguía con toda la presión de su encanto. No había divergencia de método, ni maniobras por la posición ni premeditación de efectos; había un lado mental muy pequeño en cualquiera de sus asuntos. Simplemente hacía que los hombres fueran conscientes al más alto grado de su belleza física. Dexter no tenía ningún deseo de cambiarla. Sus deficiencias estaban entretejidas con una energía apasionada que las trascendía y justificaba.

Cuando, con la cabeza de Judy apoyada en su hombro esa primera noche, ella susurró: «No sé qué me pasa. Anoche creí que estaba enamorada de un hombre y esta noche creo que estoy enamorada de ti...», le pareció algo hermoso y romántico de decir. Era la exquisita excitabilidad que por el momento él controlaba y poseía. Pero una semana después se vio obligado a ver esta misma cualidad bajo una luz diferente. Lo llevó en su roadster a una cena de picnic, y después de la cena desapareció, igualmente en su roadster, con otro hombre. Dexter se sintió enormemente alterado y apenas fue capaz de ser medianamente cortés con las otras personas presentes. Cuando ella le aseguró que no había besado al otro hombre, él supo que mentía; sin embargo, se alegró de que se hubiera tomado la molestia de mentirle.

Era, como descubrió antes de que terminara el verano, uno de una docena variable que circulaba a su alrededor. Cada uno de ellos había sido favorecido en algún momento por encima de todos los demás; aproximadamente la mitad de ellos todavía se deleitaban en el consuelo de ocasionales reaviva-

mientos sentimentales. Siempre que uno daba señales de abandonar por prolongado abandono, ella le concedía una breve hora almibarada, lo que lo animaba a seguir pegado a ella durante un año más o menos. Judy hacía estas incursiones sobre los indefensos y derrotados sin malicia, de hecho, medio inconsciente de que hubiera algo malicioso en lo que hacía.

Cuando un hombre nuevo llegaba a la ciudad, todos los demás desaparecían: las citas se cancelaban automáticamente.

Lo desesperante de intentar hacer algo al respecto era que ella lo hacía todo sola. No era una chica que pudiera ser «ganada» en el sentido cinético: era inmune a la inteligencia, era inmune al encanto; si alguno de estos la asaltaba con demasiada fuerza, reduciría inmediatamente el asunto a una base física, y bajo la magia de su esplendor físico, tanto los fuertes como los brillantes jugaban al juego de ella y no al suyo propio. Solo se entretenía con la gratificación de sus deseos y con el ejercicio directo de su propio encanto. Quizás de tanto amor juvenil, tantos amantes juveniles, había llegado, en defensa propia, a nutrirse enteramente desde dentro.

A la primera euforia de Dexter le sucedieron la inquietud y la insatisfacción. El éxtasis impotente de perderse en ella era un opiáceo más que un tónico. Fue una suerte para su trabajo durante el invierno que esos momentos de éxtasis llegaran con poca frecuencia. Al principio de su relación, había parecido por un tiempo que había una atracción mutua profunda y espontánea; aquel primer agosto, por ejemplo: tres días de largas veladas en su oscuro porche, de extraños besos lánguidos al caer la tarde, en alcobas sombrías o detrás de los protectores enrejados de los cenadores del jardín, de mañanas en las que ella estaba fresca como un sueño y casi tímida al encontrarse con él en la claridad del día naciente. Había todo el éxtasis de un compromiso en ello, agudizado por su comprensión de que no había compromiso. Fue durante esos tres días que, por primera vez, le había pedido que se casara con él. Ella dijo «quizás algún día», dijo «bésame», dijo «me gustaría casarme contigo», dijo «te amo»... no dijo... nada.

Los tres días fueron interrumpidos por la llegada de un hombre de Nueva York que la visitó en su casa durante la mitad de septiembre. Para agonía de Dexter, el rumor los comprometió. El hombre era hijo del presidente de una gran compañía fiduciaria. Pero al cabo de un mes se informó que Judy bostezaba. En un baile una noche, se sentó toda la velada en una lancha motora

con un galán local, mientras el neoyorquino la buscaba frenéticamente por el club. Le dijo al galán local que estaba aburrida de su visitante, y dos días después él se fue. La vieron con él en la estación, y se informó que parecía realmente muy apesadumbrado.

Con esta nota terminó el verano. Dexter tenía veinticuatro años y se encontraba cada vez más en posición de hacer lo que deseaba. Se unió a dos clubes en la ciudad y vivía en uno de ellos. Aunque de ninguna manera era parte integral de las filas de solteros en estos clubes, se las arreglaba para estar presente en los bailes donde era probable que apareciera Judy Jones. Podría haber salido socialmente tanto como quisiera: era un joven elegible ahora, y popular entre los padres influyentes. Su confesa devoción por Judy Jones había solidificado bastante su posición. Pero no tenía aspiraciones sociales y despreciaba bastante a los bailarines que siempre estaban disponibles para las fiestas de los jueves o sábados y que rellenaban huecos en las cenas con el grupo de los matrimonios jóvenes. Ya estaba jugando con la idea de ir al Este, a Nueva York. Quería llevarse a Judy Jones con él. Ninguna desilusión respecto al mundo en el que ella había crecido podía curar su ilusión respecto a la deseabilidad de ella.

Recuerden eso, pues solo a la luz de ello se puede entender lo que hizo por ella.

Dieciocho meses después de conocer a Judy Jones, se comprometió con otra chica. Se llamaba Irene Scheerer, y su padre era uno de los hombres que siempre había creído en Dexter. Irene era rubia, dulce y honorable, y un poco robusta, y tenía dos pretendientes a los que renunció agradablemente cuando Dexter le pidió formalmente que se casara con él.

Verano, otoño, invierno, primavera, otro verano, otro otoño: tanto había dado de su vida activa a los labios incorregibles de Judy Jones. Ella lo había tratado con interés, con aliento, con malicia, con indiferencia, con desprecio. Le había infligido los innumerables pequeños desaires e indignidades posibles en tal caso, como si fuera en venganza por haberse preocupado alguna vez por él. Le había hecho señas y le había bostezado y le había hecho señas de nuevo, y él había respondido a menudo con amargura y ojos entrecerrados. Le había traído felicidad extática e intolerable agonía de espíritu. Le había causado inconveniencia indecible y no pocos problemas. Lo había insultado, y lo había pisoteado, y había jugado con el interés de él por ella

contra el interés de él por su trabajo... por diversión. Le había hecho de todo excepto criticarlo; esto no lo había hecho, le parecía solo porque podría haber manchado la absoluta indiferencia que manifestaba y sentía sinceramente hacia él.

Cuando el otoño llegó y se fue de nuevo, se le ocurrió que no podía tener a Judy Jones. Tuvo que metérselo en la cabeza, pero finalmente se convenció. Se quedó despierto por la noche durante un tiempo y lo debatió. Se dijo a sí mismo los problemas y el dolor que ella le había causado, enumeró sus flagrantes deficiencias como esposa. Luego se dijo a sí mismo que la amaba, y al cabo de un rato se durmió. Durante una semana, para no imaginarse su voz ronca por teléfono o sus ojos frente a él en el almuerzo, trabajó duro y hasta tarde, y por la noche iba a su oficina y trazó sus años venideros.

Al final de una semana fue a un baile y la sacó a bailar una vez. Por casi primera vez desde que se conocieron, no le pidió que se sentara fuera con él ni le dijo que era encantadora. Le dolió que ella no echara de menos esas cosas, eso fue todo. No sintió celos cuando vio que había un hombre nuevo esa noche. Se había curtido contra los celos mucho antes.

Se quedó hasta tarde en el baile. Se sentó durante una hora con Irene Scheerer y habló de libros y de música. Sabía muy poco de ambas cosas. Pero empezaba a ser dueño de su propio tiempo ahora, y tenía una idea bastante remilgada de que él —el joven y ya fabulosamente exitoso Dexter Green— debería saber más sobre tales cosas.

Eso fue en octubre, cuando tenía veinticinco años. En enero, Dexter e Irene se comprometieron. Se anunciaría en junio, y se casarían tres meses después.

El invierno de Minnesota se prolongó interminablemente, y era casi mayo cuando los vientos llegaron suaves y la nieve finalmente corrió hacia el lago Black Bear. Por primera vez en más de un año, Dexter disfrutaba de cierta tranquilidad de espíritu. Judy Jones había estado en Florida, y después en Hot Springs, y en algún lugar se había comprometido, y en algún lugar lo había roto. Al principio, cuando Dexter la había abandonado definitivamente, le había entristecido que la gente todavía los relacionara y preguntara por ella, pero cuando empezaron a sentarlo en las cenas junto a Irene Scheerer, la gente ya no le preguntaba por ella, le contaban cosas sobre ella. Dejó de ser una autoridad sobre ella.

Mayo por fin. Dexter caminaba por las calles de noche cuando la oscuridad era húmeda como la lluvia, preguntándose cómo tan pronto, con tan poco hecho, tanto éxtasis se había ido de él. Mayo del año anterior había estado marcado por la conmovedora, imperdonable y, sin embargo, perdonada turbulencia de Judy; había sido una de esas raras ocasiones en las que imaginó que ella había llegado a preocuparse por él. Ese viejo centavo de felicidad que había gastado por esta fanega de contento. Sabía que Irene no sería más que un telón extendido detrás de él, una mano moviéndose entre relucientes tazas de té, una voz llamando a los niños... el fuego y la hermosura se habían ido, la magia de las noches y la maravilla de las horas y estaciones variables... labios delgados, de comisuras caídas, posándose en sus labios y elevándolo a un cielo de ojos... Aquello estaba profundamente arraigado en él. Era demasiado fuerte y vivo para que muriera fácilmente.

A mediados de mayo, cuando el tiempo se equilibró durante unos días sobre el delgado puente que conducía al verano profundo, entró una noche en casa de Irene. Su compromiso se anunciaría en una semana; nadie se sorprendería. Y esa noche se sentarían juntos en el sofá del University Club y mirarían durante una hora a los bailarines. Le daba una sensación de solidez ir con ella: era tan sólidamente popular, tan intensamente «estupenda».

Subió los escalones de la casa de piedra rojiza y entró.

—Irene —llamó.

La Sra. Scheerer salió de la sala de estar para recibirlo.

—Dexter —dijo—, Irene ha subido con una jaqueca terrible. Quería ir contigo pero la obligué a acostarse.

—Nada grave, yo...

—Oh, no. Va a jugar al golf contigo por la mañana. Puedes prescindir de ella solo por una noche, ¿verdad, Dexter?

Su sonrisa era amable. Ella y Dexter se caían bien. En la sala de estar, él habló un momento antes de decir buenas noches.

Al regresar al University Club, donde tenía habitaciones, se detuvo un momento en la puerta y observó a los bailarines. Se apoyó en el poste de la puerta, saludó con la cabeza a un hombre o dos... bostezó.

—Hola, cariño.

La voz familiar a su codo lo sobresaltó. Judy Jones había dejado a un hombre y había cruzado la habitación hacia él: Judy Jones, una esbelta muñeca esmaltada vestida de tisú de oro; oro en una banda en la cabeza, oro en dos puntas de zapatilla en el bajo de su vestido. El frágil resplandor de su rostro pareció florecer mientras le sonreía. Una brisa de calidez y luz sopló por la habitación. Sus manos en los bolsillos de su esmoquin se tensaron espasmódicamente. Se sintió lleno de una repentina excitación.

—¿Cuándo volviste? —preguntó casualmente.

—Ven aquí y te lo contaré.

Ella se dio la vuelta y él la siguió. Había estado fuera; él podría haber llorado ante la maravilla de su regreso. Había pasado por calles encantadas, haciendo cosas que eran como música provocadora. Todos los sucesos misteriosos, todas las esperanzas frescas y vivificantes, se habían ido con ella, regresaban con ella ahora.

Se dio la vuelta en la puerta.

—¿Tienes coche aquí? Si no tienes, yo tengo.

—Tengo un cupé.

Dentro entonces, con un susurro de tela dorada. Él cerró la puerta de golpe. En tantos coches había entrado ella — así—, — así—, su espalda contra el cuero, — así—, su codo apoyado en la puerta— esperando. Se habría mancillado hace mucho tiempo si hubiera habido algo que la mancillara — excepto ella misma— pero esto era su propio ser desbordándose.

Con un esfuerzo se obligó a arrancar el coche y retroceder a la calle. Esto no era nada, debía recordar. Ella había hecho esto antes, y él la había dejado atrás, como habría tachado una mala cuenta de sus libros.

Condujo lentamente hacia el centro y, afectando abstracción, atravesó las desiertas calles del distrito de negocios, pobladas aquí y allá donde un cine estaba soltando a su multitud o donde la juventud tísica o pugilística holgazaneaba frente a salas de billar. El tintineo de los vasos y el golpe de las manos en las barras salían de los salones, claustros de cristal esmerilado y sucia luz amarilla.

Ella lo observaba de cerca y el silencio era embarazoso, sin embargo, en esta crisis no pudo encontrar ninguna palabra casual con la que profanar la

hora. En un giro conveniente, empezó a zigzaguear de vuelta hacia el University Club.

—¿Me has echado de menos? —preguntó ella de repente.

—Todo el mundo te echó de menos.

Se preguntó si ella sabía lo de Irene Scheerer. Solo llevaba un día de vuelta; su ausencia había sido casi contemporánea a su compromiso.

—¡Qué comentario! —Judy rio tristemente, sin tristeza. Lo miró escrutadoramente. Él se quedó absorto en el salpicadero.

—Estás más guapo que antes —dijo pensativamente—. Dexter, tienes los ojos más inolvidables.

Podría haberse reído de esto, pero no lo hizo. Era el tipo de cosa que se decía a los estudiantes de segundo año. Sin embargo, le hirió.

—Estoy terriblemente cansada de todo, cariño. —Llamaba cariño a todo el mundo, dotando al término cariñoso de una camaradería despreocupada e individual—. Ojalá te casaras conmigo.

La franqueza de esto lo confundió. Debería haberle dicho ahora que iba a casarse con otra chica, pero no pudo decírselo. Con la misma facilidad podría haber jurado que nunca la había amado.

—Creo que nos llevaríamos bien —continuó ella, en la misma nota—, a menos que probablemente me hayas olvidado y te hayas enamorado de otra chica.

Su confianza era obviamente enorme. Había dicho, en efecto, que encontraba tal cosa imposible de creer, que si fuera verdad él simplemente había cometido una indiscreción infantil, y probablemente para presumir. Ella lo perdonaría, porque no era un asunto de ninguna importancia, sino más bien algo que debía descartarse a la ligera.

—Por supuesto, nunca podrías amar a nadie más que a mí —continuó—. Me gusta cómo me amas. Oh, Dexter, ¿has olvidado el año pasado?

—No, no lo he olvidado.

—¡Yo tampoco!

¿Estaba sinceramente conmovida, o era arrastrada por la ola de su propia actuación?

—Ojalá pudiéramos ser así de nuevo —dijo ella, y él se obligó a responder:

—No creo que podamos.

—Supongo que no... Oigo que estás cortejando apasionadamente a Irene Scheerer.

No hubo el más mínimo énfasis en el nombre, sin embargo, Dexter se sintió repentinamente avergonzado.

—Oh, llévame a casa —gritó Judy de repente—; no quiero volver a ese baile idiota... con esos niños.

Entonces, mientras él subía por la calle que conducía al distrito residencial, Judy empezó a llorar silenciosamente para sí misma. Nunca la había visto llorar antes.

La calle oscura se iluminó, las moradas de los ricos se alzaban a su alrededor, detuvo su cupé frente a la gran mole blanca de la casa de los Mortimer Jones, somnolienta, espléndida, empapada del esplendor de la húmeda luz de luna. Su solidez lo sobresaltó. Los fuertes muros, el acero de las vigas, la amplitud y porte y pompa estaban allí solo para resaltar el contraste con la joven belleza a su lado. Era robusta para acentuar la delgadez de ella, como para mostrar qué brisa podía generar el ala de una mariposa.

Se sentó perfectamente quieto, sus nervios en salvaje clamor, temiendo que si se movía la encontraría irresistiblemente en sus brazos. Dos lágrimas habían rodado por su rostro mojado y temblaban en su labio superior.

—Soy más hermosa que nadie —dijo entrecortadamente—, ¿por qué no puedo ser feliz? —Sus ojos húmedos desgarraban la estabilidad de él; su boca se curvó lentamente hacia abajo con una exquisita tristeza—: Me gustaría casarme contigo si me aceptas, Dexter. Supongo que piensas que no valgo la pena, pero seré tan hermosa para ti, Dexter.

Un millón de frases de ira, orgullo, pasión, odio, ternura lucharon en sus labios. Entonces una ola perfecta de emoción lo inundó, llevándose consigo un sedimento de sabiduría, de convención, de duda, de honor. Era su chica la que hablaba, la suya, su hermosa, su orgullo.

—¿No quieres entrar? —La oyó contener la respiración bruscamente.
Esperando.

—Está bien —su voz temblaba—, entraré.

V

FUE EXTRAÑO que ni cuando terminó ni mucho tiempo después se arrepintió de aquella noche. Mirándolo desde la perspectiva de diez años, el hecho de que la llamada de Judy por él durara solo un mes parecía de poca importancia. Tampoco importaba que al ceder se sometiera a una agonía más profunda al final y causara un daño grave a Irene Scheerer y a los padres de Irene, que le habían ofrecido su amistad. No había nada suficientemente pictórico en el dolor de Irene como para grabarse en su mente.

Dexter era, en el fondo, de mente dura. La actitud de la ciudad ante su acción no le importaba, no porque fuera a dejar la ciudad, sino porque cualquier actitud externa sobre la situación parecía superficial. Era completamente indiferente a la opinión popular. Tampoco, cuando vio que no servía de nada, que no poseía en sí mismo el poder para conmoverla fundamentalmente o para retener a Judy Jones, le guardó rencor alguno. La amaba, y la amaría hasta el día en que fuera demasiado viejo para amar, pero no podía tenerla. Así que probó el profundo dolor que está reservado solo a los fuertes, tal como había probado por un corto tiempo la profunda felicidad.

Incluso la falsedad última de los motivos por los que Judy rompió el compromiso — que no quería «quitárselo» a Irene — Judy, que no había querido otra cosa — no le repugnó. Estaba más allá de cualquier repugnancia o cualquier diversión.

Se fue al Este en febrero con la intención de vender sus lavanderías y establecerse en Nueva York, pero la guerra llegó a América en marzo y cambió sus planes. Regresó al Oeste, entregó la gestión del negocio a su socio y entró en el primer campamento de entrenamiento de oficiales a finales de abril. Fue uno de esos miles de jóvenes que recibieron la guerra con cierto

alivio, dando la bienvenida a la liberación de las redes de emociones enredadas.

VI

ESTA HISTORIA no es su biografía, recuerden, aunque se cuelan cosas en ella que no tienen nada que ver con aquellos sueños que tuvo cuando era joven. Ya casi hemos terminado con ellos y con él ahora. Solo queda un incidente más por relatar aquí, y sucede siete años más adelante.

Tuvo lugar en Nueva York, donde le había ido bien, tan bien que no había barreras demasiado altas para él. Tenía treinta y dos años y, excepto por un viaje relámpago inmediatamente después de la guerra, no había estado en el Oeste en siete años. Un hombre llamado Devlin, de Detroit, entró en su oficina para verlo por negocios, y entonces y allí ocurrió este incidente, y cerró, por así decirlo, esta faceta particular de su vida.

—Así que es usted del Medio Oeste —dijo el hombre Devlin con descuidada curiosidad—. Es curioso... pensé que hombres como usted probablemente nacían y se criaban en Wall Street. Sabe... la esposa de uno de mis mejores amigos en Detroit era de su ciudad. Fui acompañante en la boda.

Dexter esperó sin aprensión por lo que venía.

—Judy Simms —dijo Devlin sin particular interés—; Judy Jones se llamaba antes.

—Sí, la conocí. —Una sorda impaciencia se extendió sobre él. Había oído, por supuesto, que se había casado; quizás deliberadamente no había oído más.

—Una chica terriblemente agradable —reflexionó Devlin sin sentido—. En cierto modo lo siento por ella.

—¿Por qué? —Algo en Dexter estaba alerta, receptivo, al instante.

—Oh, Lud Simms se ha venido abajo en cierto modo. No quiero decir que la maltrate, pero bebe y tiene aventuras...

—¿No tiene ella aventuras?

—No. Se queda en casa con sus hijos.

—Oh.

—Es un poco demasiado mayor para él —dijo Devlin.

—¡Demasiado mayor! —exclamó Dexter—. ¡Pero, hombre, solo tiene veintisiete años!

Fue poseído por una idea descabellada de salir corriendo a las calles y tomar un tren a Detroit. Se puso de pie espasmódicamente.

—Supongo que está ocupado —se disculpó Devlin rápidamente—. No me di cuenta...

—No, no estoy ocupado —dijo Dexter, estabilizando su voz—. No estoy ocupado en absoluto. Nada ocupado. ¿Dijo usted que tenía... veintisiete años? No, yo dije que tenía veintisiete.

—Sí, lo dijo usted —asintió Devlin secamente.

—Continúe, entonces. Continúe.

—¿Qué quiere decir?

—Sobre Judy Jones.

Devlin lo miró impotente.

—Bueno, eso es, ya le dije todo lo que hay. La trata fatal. Oh, no van a divorciarse ni nada. Cuando él es particularmente escandaloso, ella lo perdona. De hecho, me inclino a pensar que lo ama. Era una chica guapa cuando llegó a Detroit.

¡Una chica guapa! La frase le pareció a Dexter ridícula.

—¿Ya no es... una chica guapa?

—Oh, está bien.

—Mire —dijo Dexter, sentándose de repente—, no entiendo. Dice que era una 'chica guapa' y ahora dice que está 'bien'. No entiendo lo que quie-

re decir... Judy Jones no era una chica guapa, en absoluto. Era una gran belleza. Vaya, la conocí, la conocí. Era...

Devlin rio agradablemente.

—No intento empezar una pelea —dijo—. Creo que Judy es una chica agradable y me cae bien. No puedo entender cómo un hombre como Lud Simms pudo enamorarse locamente de ella, pero lo hizo. —Luego añadió—: A la mayoría de las mujeres les cae bien.

Dexter miró de cerca a Devlin, pensando frenéticamente que debía haber una razón para esto, alguna insensibilidad en el hombre o alguna malicia privada.

—Muchas mujeres se marchitan así como así —Devlin chasqueó los dedos—. Debe haberlo visto suceder. Quizás he olvidado lo guapa que estaba en su boda. La he visto tanto desde entonces, ¿sabe? Tiene ojos bonitos.

Una especie de embotamiento se apoderó de Dexter. Por primera vez en su vida sintió ganas de emborracharse mucho. Sabía que se estaba riendo a carcajadas de algo que Devlin había dicho, pero no sabía qué era ni por qué era divertido. Cuando, en pocos minutos, Devlin se fue, se tumbó en su sofá y miró por la ventana el horizonte de Nueva York, en el que el sol se hundía en apagados y hermosos tonos de rosa y oro.

Había pensado que, al no tener nada más que perder, era finalmente invulnerable, pero supo que acababa de perder algo más, tan seguramente como si se hubiera casado con Judy Jones y la hubiera visto marchitarse ante sus ojos.

El sueño se había ido. Algo le había sido arrebatado. En una especie de pánico, presionó las palmas de las manos contra sus ojos e intentó evocar una imagen de las aguas lamiendo Sherry Island y la veranda iluminada por la luna, y la guinga en el campo de golf y el sol seco y el color dorado de la suave pelusa de su cuello. Y su boca húmeda por sus besos y sus ojos lastimeros de melancolía y su frescura como lino fino nuevo por la mañana. ¡Vaya, esas cosas ya no estaban en el mundo! Habían existido y ya no existían.

Por primera vez en años, las lágrimas corrían por su rostro. Pero eran por él mismo ahora. No le importaban la boca y los ojos y las manos que se movían. Quería que le importara, y no podía importarle. Porque se había ido y

nunca más podría volver. Las puertas estaban cerradas, el sol se había puesto, y no había más belleza que la belleza gris del acero que resiste todo tiempo. Incluso el dolor que podría haber soportado se quedó atrás en el país de la ilusión, de la juventud, de la riqueza de la vida, donde sus sueños de invierno habían florecido.

—Hace mucho tiempo —dijo—, hace mucho tiempo, había algo en mí, pero ahora esa cosa se ha ido. Ahora esa cosa se ha ido, esa cosa se ha ido. No puedo llorar. No puede importarme. Esa cosa no volverá jamás.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB